

de la buena, mejor que de la santa vida, mira á su rey como un espejo de santidad, recoge cada una de sus palabras como un testamento sagrado, describe como reliquias hasta los humildes vestidos con que Luis se empeñaba en moderar el esplendor del grado supremo, y es digno de ver cómo le domina y trasforma el personaje extraordinario que puede contemplar de cerca.

Había habido tregua con Inglaterra, pero no paz. Cuando Enrique III invadió el territorio francés (1242), fué estrechado en Tailleburg de tal manera, que hubiera sido hecho prisionero á no haber obtenido su hermano Ricardo un armisticio; despues sufrió una nueva derrota cerca de Saintes. Por último salió á recibir á Luis, que volvía de Palestina, y habiendo pasado ocho dias con él, celebraron ambos un tratado de paz. Luis, no creyendo buen derecho el de conquista, alimentaba escrupulo, respecto de los países quitados por Felipe Augusto á la Inglaterra, y por lo mismo, además de la Guyena, que aquella había poseído siempre, le cedió el Lemosin, el Perigord, el Quercy, y la sucesion al Saintonge y al Agenois, si el conde de Poitou moría sin dejar hijos, ó si los dejaba, el valor del Agenois en dinero; se comprometió además á pagar durante dos años la manutencion de 500 ginetes, que un príncipe de Inglaterra conduciría al combate contra los infieles. Enrique, por su parte, renunció todo derecho á la Normandia y á los condados de Anjú, del Maine, de Turena, del Poitou, y prestó homenaje por los que recibía y por el ducado de Aquitania. Luis contestaba á los que le censuraban en vista de tales concesiones: *He querido poner los medios para que haya amistad entre mis hijos y los de Enrique, el cual de esta suerte se ha convertido en hombre mio.* Sin embargo, no cabe duda de que obrando así retardó la unidad de la Francia, siendo igualmente cierto que no se cuidó del daño que pudiera resultar á los pueblos, objeto de la cesion. ¿Será verdad que en ningun caso ha de poder conciliarse la política benéfica con la exacta justicia?

También arregló en Corbeil las antiguas diferencias con el rey de Aragon sobre las posesiones del Mediodia. Y como muchos barones poseían

bienes en Inglaterra y en Normandia, y de esto resultaba el hallarse obligados en caso de guerra á acudir al llamamiento de dos señores, Luis, apoyándose en la autoridad del Evangelio que dice: *No se puede servir á dos amos á la vez,* les hizo escoger uno solo de dos partidos.

En suma, el engrandecimiento de la monarquía, comenzado y proseguido por sus abuelos por medio de la fuerza y de la astucia, llegó á su colmo en tiempo de san Luis por medio del orden y de la bondad. Los bienes de la corona recibieron un grande aumento con los caballeros que se veían precisados á venderlos para cruzarse ó para redimirse de la prision; pero si bien se aprovechaba de estas ocasiones, no las provocaba fomentando entre los pequeños feudatarios guerras que los debilitasen. Habiéndose extendido á la familia real la ley impuesta á los vasallos en que se mandaba que la tercera parte de los feudos pasase á los hijos menores, produjo las pensiones de los príncipes, los cuales estaban unidos por interés á la corona y dispuestos como ella á engrandecerse; por lo cual á las dinastías antiguas se sustituían otras nuevas, dóciles y afectas al rey (11); los eclesiásticos, los feudatarios y la clase media que antes se hallaban aislados, se les ve entonces unidos, al rededor del trono, donde se hacia justicia y se declaraba la guerra, Felipe Augusto había dispuesto ya que las murallas de los castillos no fuesen defendidas por la justicia real, y entonces se hicieron amovibles los cargos judiciales que antes eran hereditarios, y magistratura lo que era patrimonio: así que, en realidad san Luis fundó la monarquía en el orden político, como en el territorial lo había hecho Felipe Augusto; pero donde unos y otros procedieron con la fuerza y la astucia. Luis usó la bondad y el invariable propósito de hacer justicia.

(11) A la muerte de san Luis, la familia real poseía directamente los ducados de Francia, Vermandois, Valois, Normandia, Turena, Maine y Berry; los condados del Macion y el Languedoc occidental, é indirectamente Borgoña, Bretaña, Bolonia, el Artois, el Poitou, la Auvernia, Tolosa, el Anjú, la Provenza, el Nivernés y el Borbonés por ocho líneas de su estirpe.

Los sabios del siglo pasado, impulsados por una parte por la necesidad de hacer derivar de un origen único los conocimientos humanos, y por otra tomando el partido de invalidar la verdad de la Biblia, colocaron la cuna de la civilizacion en la mesa central del Asia. Todo, segun ellos, se derivó de los tártaros, nombre bajo el cual se designan las hordas errantes en la vasta llanura circunscrita por la triple cadena de los Altai, de los Himalaya y de las montes de la China (1). Esta opinion fué muy admitida, porque era paradójica; y se adoptó de muy buena voluntad en una época en que la falta de documentos impedia desmentirla. Pero desde entonces, desgraciadamente para los combinadores de sistemas, se ha aprendido á registrar los libros chinos y á leer allí la historia de los tártaros, opuesta en un todo á temerarios asertos; y nada induce á suponer que la semicivilizacion de estos pueblos sea anterior al siglo II antes de Jesucristo. Sólo entonces misioneros indios llegados á la Tartaria meridional, propagaron allí los rudimentos de las ciencias y de las ar-

(1) A algunos les costará trabajo perdonarnos decir todavía *tártaros* en lugar de *tátaros*; sin embargo, nos asisten razones para esto. *Tátaros* es el nombre de una tribu: se llamaron *tártaros* en general á aquella masa de pueblos errantes en el Asia Central durante la Edad Media, reunidos por Gengis-kan, é impulsados ora sobre el Oriente, ora sobre el Occidente. Se puede llamar *tártaros* á los manchues, á los tibetanos, á los turcos, que á pesar de todo no son *tátaros*: este nombre sólo conviene á los mongoles, sucesores suyos. Segun Abel de Remusat, «Se entiende por *tártaros* los pueblos que habitan las vastas comarcas del Alta Asia, entre la India, la China, la Persia, al Mediodia; el mar del Japon al Oriente; al Occidente los rios que desembocan en el mar Caspio y en el Euxino; al Norte el mar Glacial.»

CAPÍTULO XII

TÁRTAROS Y MONGOLES.—GENGIS-KAN.

tes y la escritura indiana con la religion de Budda que se divulgó mucho más tarde entre los tibetanos y los nómadas del Norte, pero sin convertir á todos los habitantes, pues muchos de ellos conservaron sus groseros ritos antiguos: luego se introdujeron allí sucesivamente el buddismo primitivo, la filosofia de Confucio, el magismo, las doctrinas de los maniqueos y de los nestorianos, luego el islamismo, y por último el lamaismo.

De consiguiente, lejos de que los tártaros se civilizaran antes que la China y que la India, recibieron la civilización de unas cuantas familias diseminadas en su inmenso país, del cual pretendían hacer Buffon y Bally la academia de la sabiduria humana. Nosotros seguiremos á los más modernos, que han podido sacar provecho de los libros chinos (2).

(2) VISDELOU, *Hist. de la Tartaria en la Biblioteca oriental.*

GAUBIL, *Hist. de Gentschicsan y de toda la dinastia de los mongoles sus sucesores.* Paris, 1739.

DE GUIGNES, *Hist. de los hunos, etc.* L. XV-XVIII.

SAINT-MARTIN, *Memoria sobre la Armenia.*

SCHMIDT, *Gesch. der Olt Mongolen.*

Y especialmente el baron C. DE OSSON. *Hist. de los mongoles desde Tchinguizkan hasta Timourbey ó Tamerlan.* Amsterdam, 1835.

Tratan también de ellos DANDOLO en la crónica veneciana (R. I, S. XII); DUBRAWski, *Historia bohémica*; DLUGOSZ, *Hist. Polonia*; LEON FEER, *Cuadro de la gramática mongola; Poderio y civilizacion mongola en el siglo XIII.*

Para sus usos y costumbres consúltense á PALLAS, *Sammlungen historischer Nachrichten Mongolischen Volkerschaften.* Petersburgo, 1776.

BERGMANN.—*Nomadischen streifereyen unter den Kalmuken.* Riga, 1804.

DE HAMMER, *Gesch. der goldnen Horde von Kiptschak.* Pesth, 1840.

A menudo mencionan éstos bajo el nombre de bárbaros del Norte tres razas distintas; la tungusa ó *chiuche*, la turca y la tártara. Hemos referido en otro lugar (3) como el poder de los turcos se extendió sobre la China, y acabó por ser humillado por los chinos de concierto con los uigueros. Los *chiu-che* de la Tartaria oriental conquistaron una tercera parte de la China, y fundaron allí en 1115 el imperio de Kin ó de *Oro*, que tuvo por tributarias á las hordas turcas de la Tartaria, donde hacían vida nómada.

Al mediodía del Baikal, dividida en muchas tribus, se mantenía la nación mongola en medio de las altas cumbres donde no vegeta más que el musgo ó algún árbol entre las grietas de las rocas; por lo demás, sus montañas están cubiertas de eternas nieves, de arena sus valles, y no ofrece praderas, ni selvas de pinos y abedules más que en las orillas de los ríos. La elevación del territorio hace más riguroso el clima que lo es comúnmente bajo la misma latitud en nuestros países. Así el lago de Baikal está helado cuatro ó cinco meses del año.

Esta nación tiene semejanza con los chinos: castaños sus ojos, rasgados oblicuamente y entornados con las cejas muy salientes; protuberantes las mejillas, la nariz roma, rasa la barba, mediana estatura, delgado talle y anchas espaldas; se cortan los cabellos en la coronilla de la cabeza en forma de herradura y también en la nuca; lo restante lo llevan trenzado detrás de las orejas. Usaban gorros bajos con ribetes bordados, detrás de los cuales colgaba una cinta larga de un palmo de ancho, y los ataban á la barba por medio de dos cordones, cuyas puntas quedaban sueltas. Se cruzaban la túnica por el pecho sujetándola con cintas, y en invierno se ponían dos vestidos, uno con el pelo de la piel hacía el cuerpo, y otro hacía fuera. Las jóvenes se vestían lo mismo que los hombres, y las mujeres se distinguían sólo en que llevaban el gorro algo más alto. Sus habitaciones se componían de enrejados circulares de la altura de un hombre, sostenidos por maderos que se reunían en un punto y estaban sujetos por un anillo de hierro. Las cubrían de fieltro, y encendían fuego en medio de ellas y el humo se exhalaba por el techo.

Rebaños de bueyes, camellos, carneros y cabras, les suministraban alimento: la carne de caballo era para ellos un regalo, aunque comían la de todos los demás animales, ora fresca, ora salada, y hasta

QUATREMÈRE.—*Hist. de los mongoles de la Persia, escrita en persa por Raschid-Eldin, traducida en francés, acompañada de notas, y de una memoria sobre la vida y las obras del autor.* Paris, 1836. Allí está antepuesta la vida del autor, luego el texto persa con la versión en frente: es del 700 de la Egira, en tiempo de Olgaitú.

Historia de los mongoles y de los tártaros por ELBOREL-GHAZI BEAHDOUR-KHAN, publicada y traducida y anotada por el baron DEMAISON. Petersburgo, 1871-74.

(3) Libro X, cap. XXI.

la de los animales muertos de enfermedades: se embriagaban con leche de yegua fermentada (*cumiz*). Las pieles de sus rebaños les servían de vestido, la lana y las crines para hacer fieltro y cuerdas, los tendones para guarnecer sus arcos y para hilo de coser, los huesos para armar las flechas: quemaban el estiércol, hacían odres con el cuero, copas para beber con los cuernos del *artac*. Vagaban de comarca en comarca para proporcionar pastos á sus ganados; y cuando en un lugar estaban agotados los forrajes, desmontaban sus chozas, las cargaban sobre sus animales, con todos los utensilios y sus hijos; luego iban á buscar otro donde nadie había tocado. El ganado de cada tribu se distinguía por una marca, y durante el invierno no podía mantenerse sino con lo poco que encontraba escarbando la nieve con las patas. Si la estación se hacía demasiado rigurosa, perecían muchos animales. Tenían mayor precio los caballos como más capaces de resistir la intemperie y como más vigorosos de patas.

Cada mongol se casa con tantas mujeres como puede mantener, comprando la doncella que le place mediante un número mayor ó menor de cabezas de ganado. Pero cada mujer tiene su habitación separada. Después de la muerte del padre, el hijo toma por lo común sus mujeres, á escepcion de la que es su madre. La mujer se sujeta á todas las fatigas reservadas en otras partes al hombre, cuidando de los rebaños, haciendo los vestidos y los fieltros, tirando de los carros, montando á caballo, cargando los camellos. Entregados los hombres á la ociosidad cuando no están de caza, son astutos, rapaces, desaseados y aficionados á embriagarse. Si caen enfermos, una lanza plantada delante de la choza, indica que nadie puede penetrar en su recinto, á escepcion de los que tienen que asistirle. Si el enfermo muere, sus deudos y sus amigos prorumpen en gemidos y se apresuran á sepultarle, creyéndole ya presa de los espíritus malignos; se le sirve carne y leche; su caballo favorito es inmolado sobre su tumba, en la cual se tiene cuidado de poner su arco, flechas, utensilios de caza para su uso en el otro mundo. El que había hecho las exéquias, debía purificarse pasando por entre dos hogueras; la choza del muerto y todo lo que le pertenecía, debía ser purificado, y la ceremonia fúnebre se terminaba con un banquete. El príncipe era sentado después de su muerte en medio de habitación, con una mesa delante de él, cubierta de manjares y leche; todo lo que se encontraba en su cuarto era enterrado con él, al mismo tiempo que una yegua y su potrillo, un caballo ensillado, y otros objetos de precio. Su habitación era destruida, y su nombre no debía ser pronunciado hasta la tercera generación.

Los mongoles veneraban á Tangri (*el cielo*) como Dios supremo; pero tributaban también un culto á los astros principales y á las fuerzas de la naturaleza. Hacían al mediodía genuflexiones al sol, y ofrecían una parte de sus bebidas en libaciones á

los cuerpos celestes y á los elementos. Colgaban de las paredes de sus chozas los *ongon*, figuras de madera ó fieltro que representaban las divinidades, cuya boca frotaban con carne y leche antes de comerlas ellos. Trataban de evitar la cólera de los genios maléficos con ofrendas y recurriendo á oraciones de los *camí*, ministros del culto y á la vez magos, intérpretes de los sueños, médicos, astrólogos, que conocían todos los secretos con ayuda de los espíritus familiares que evocaban al sonido del tambor, y en fin, decían oráculos entre contorsiones y piruetas.

La nación estaba organizada por divisiones de diez mil individuos, por cuerpos de mil, por compañías de ciento, por manípulos de diez; y si sobreviniera una guerra, se escogía uno ó muchos por manípulo. La obediencia era absoluta. Si el jefe de cien mil individuos recibía á la estremidad del territorio, y de algún mensajero; por vulgar que fuese, un mensaje del monarca, debía obedecer y prosternarse boca abajo, para recibir los palos ó alargar su cabeza al filo del acero. Los *noyan* ó *taisci*, gobernadores de las tribus, eran hereditarios y dependían del rey que recibía de ellos anualmente cierto número de cabezas de ganado; y eran por lo demás dueños de disponer á su antojo de la vida y bienes de sus súbditos.

Dotados admirablemente por lo que respecta á la finura del oído, del olfato y de la vista, acostumbrados desde la infancia á montar á caballo, á tirar el arco, á vivir en los campos, y á sufrir las más crueles privaciones bajo un cielo estremadamente riguroso, los mongoles eran particularmente idóneos para la guerra. Haciendo uso de caballos de corta estatura, pero tan pacientes como dóciles, sin siquiera servirse la mayor parte de estribos de hierro, que para algunos eran un objeto de lujo, combatían generalmente á flechazos. Sus expediciones daban principio en otoño, es decir, cuando son más vigorosos los caballos, y cubiertos de una armadura y un casco de cobre, provistos de un arco, un escudo, un sable, una lanza, y teniendo cada uno varios caballos. Llevaban consigo una tienda, un odre de leche y un puchero; muchas veces también llevaban en su comitiva una porción de sus rebaños para mantenerse. Si había algún río que atravesar, se apoyaban en un saco donde metían sus arneses, atado á la cola del caballo que nadaba delante.

Tales eran los pueblos, y tales son aun sus restos, que con el nombre de mongoles, fundaron en muy poco tiempo el imperio más vasto que ha visto el sol, mientras que la aproximación de dos naciones que habitaban en las estremidades opuestas del mundo, ejerció una gran influencia sobre sus usos, política, comercio y ciencias. Pero antes que sus acciones hayan sido escritas entre los pueblos azotados por ellos, su historia es muy oscura, su origen es controvertible y su nombre incierto. No tienen pues razón cuantos han querido aplicar este nombre, como si fuera primitivo, á designar una de

las variedades de la especie humana, la que se distingue por los párpados hinchados y elevados hacía las sienas, la cara aplastada, las mejillas salientes, los cabellos negros, lisos y escasos. No se encuentra mencionado este nombre sino en el siglo x por los chinos, que lo escriben *moung-ou* ó *mong-ko-szu*; y según las tradiciones indígenas, no lo tuvieron sino en tiempo de Gengis-kan en 1189, mientras al principio se llamaban *bidas*. Sirve en el día para designar á los que hablan un mismo grupo de lenguas al este y al oeste del Altay, es decir, los mongoles propiamente dichos, ó *kalsa*, los *eleutes* ó *calmucos*, los *turganes*, los *zúngaros*, los *burriatas* de Siberia.

Pero, ¿son éstos los mismos que los tártaros, cuyo nombre se les da comúnmente? Algunos lo niegan del todo, fundándose en la naturaleza de las tribus que aun subsisten, y que difieren completamente bajo el aspecto fisiológico, aunque se acerquen á él por su lenguaje. Otros los creen una tribu de tártaros confundidos primero con los *yung-nu* en los anales chinos, distinguidos después en el siglo ix con el nombre de *mo-ho*, y suponen que de los *mo-ho* septentrionales salieron los tártaros modernos y los mongoles; de los *mo-ho* meridionales los tungusos, tales como los *yu-chin* y los *manchues* que dominan hoy la China (4). En la época en que los kitanes se engrandecieron, los *mo-ho* fueron dispersados y se dividieron en tres hordas (5): una se sometió á los vencedores, otra huyó al norte de la Corea, entre los *fu-e*; la tercera se refugió en la vertiente meridional de los montes *Inscham*, al norte de la China, y en el *Tangut* al oeste de *Hoang-ho* superior, bajo el nombre de *tátaros*.

La víspera del primer día del año, los descendientes de Gengis-kan hacían golpear en su presencia un hierro candente, dando gracias á Dios de que, según las tradiciones, habiendo sido vencidos los mongoles, dos mil años antes, y esterminados todos, dos parejas se habían escapado y podido refugiarse en el valle de *Erguene-cun*. Multiplicáronse hasta tal punto, que no pudiendo ser contenidos en tan estrechos límites, sus descendientes reunieron en una mina tanta madera y carbon, que todo el hierro se fundió, y dejó abierto un ancho paso, de donde salieron varias tribus para ir á establecerse en las orillas del *Onan*, del *Kerulan* y del *Tula*. *Dundun-Bayan*, uno de sus

(4) Véanse para esta cuestión á RITTER, *Geolog. en relación con la naturaleza y la hist. de los hombres*, part. II, libro II, *Asia*.—PRICHARD, *Indagaciones*, etc., tomo II, página 283.—KLAPROTH, *Asia polígota*, pág. 255.—Virey cree á los tártaros de familia mongola. Blumenbach pone á los primeros entre los caucásianos.

(5) *Ordu* de que hemos formado horda, significa propiamente la reunión de chozas y tiendas en que habita el príncipe con su familia. Llamán *yurte* al territorio particular, ora de un príncipe, ora de un jefe de tribu ó de familia.